

con toda la pompa de escudos de armas, hachones de cera y negras colgaduras, hasta que el mismo juez, que tan cruelmente se había opuesto al perdón real, envió sus gentes á impedir que las exequias continuasen (1). Hay indudablemente en estas anécdotas gran parte de fábula, pero sí es un hecho auténtico, y de no poca importancia, que nuestros antepasados escuchaban con gran atención y prestaban entero crédito á tales cuentos.

## XXXIX.

## LAS POSADAS.

Los varios peligros que cercaban al viajero, aumentaban en gran manera durante la noche; por lo que era su principal deseo, no bien el día terminaba, hallar el abrigo de hospitalario techo donde pudiese esperar la mañana siguiente. No era esto difícil de conseguir. Desde muy antiguo era renombrada Inglaterra por sus posadas. El primero de nuestros poetas ha descrito las comodidades que ya ofrecían á los peregrinos del siglo xiv. En los grandes aposentos y caballerizas de la posada del *Tabard*, en Southwark, hallaron alojamiento veintisiete personas con sus cabalgaduras. La comida era excelente, y los vinos de tal calidad, que los viajeros no escasearon las libaciones. Dos siglos después, en el reinado de Isabel, Guillermo Harrison escribió una alegre descripción de la abundancia y de las comodidades de las grandes hos-

(1) Pope's, *Memoirs of Duval*, publicadas inmediatamente después de la ejecución. Oates's *Εἰκὼν βασιλική*, parte primera.

terías de su tiempo. «Nada semejante, dice, se encontraba en el Continente. «Había algunas donde sin dificultad encontraban alojamiento y comida doscientas ó trescientas personas con sus caballos. Las camas, los muebles, y sobre todo la abundancia de fina y limpiísima ropa blanca era á la verdad maravillosa. Ostentaban las mesas ricas vajillas, y á veces la muestra colocada sobre la puerta valía treinta ó cuarenta libras. En el siglo xvii había en toda Inglaterra posadas para todas las fortunas. A veces el viajero se apeaba en la venta de cualquier pequeño villorrio que generalmente eran como la que describe Walton. El pavimento de ladrillo, muy limpio; las paredes cubiertas de estampas; las sábanas oliendo á limpias; en el hogar un gran fuego; todo lo cual, amén de un vaso de buena cerveza y un plato de truchas frescas del vecino riachuelo, podía obtenerse á muy poca costa. En las hosterías de lujo había camas con colgaduras de seda; se servían platos escogidos, y el vino podía competir con el mejor que se bebía en Londres (1).» Los posaderos eran también, á lo que se decía, muy distintos de los del resto de Europa. En el Continente era el hóstelero tirano de cuantos cruzaban sus umbrales. En Inglaterra era, por el contrario, su criado. Y nunca se sentía un inglés tan á gusto como cuando se hallaba alojado en una buena posada; de tal manera, que hasta personas de posición y fortuna acostumbraban á pasar las tardes en la sala de cualquier hostería vecina. Y es que creían que en ningún sitio se podían disfrutar tantas comodidades con igual libertad,

(1) Véase el prólogo de los *Cuentos de Canterbury*, la *Descripción histórica de la Isla de la Gran Bretaña* de Harrison, y la relación del viaje de Pepys en el verano de 1653. En los *Viajes del Gran Duque Cosme* se habla también de la excelencia de las posadas inglesas.

lo cual constituyó por espacio de muchas generaciones una peculiaridad de nuestro carácter nacional. La libertad y constante alegría de las posadas ofreció por mucho tiempo amplia materia á nuestros novelistas y autores dramáticos. Johnson sostenía que la silla de una taberna era el trono de la humana felicidad, y Shenstone se quejaba con mucha gracia de que en ninguna casa particular, por amigos que fuesen sus dueños, hallaba el viajero tan benévola acogida como en una posada.

Muchas comodidades, desconocidas en el siglo xvii en Hampton Court y Whitehall, se encuentran en nuestros modernos hoteles; y sin embargo, es indudable que en conjunto, el progreso de nuestras posadas no guarda relación con el de los medios de viajar. Y no es extraño que esto suceda, porque es evidente que, en igualdad de circunstancias, las posadas serian mejores donde fueran peores los medios de locomoción. Cuanto más rápidamente se viaja, es menor la importancia de que haya en el trayecto muchas y buenas posadas. Hace ciento sesenta años, el que desde una provincia lejana venía á la capital, tenía que pasar cinco ó seis noches en las posadas del camino, y que hacer por lo menos doce ó quince comidas en todo el trayecto. Si era un gran señor quería que las comidas y alojamiento fuesen buenos y hasta lujosos. Actualmente, en la corta duración de un día de invierno volamos desde York ó Chester á Londres. El viajero, por tanto, rara vez se detiene con el único objeto de descansar y comer, y de aquí que centenares de excelentes posadas hayan decaído lastimosamente. Dentro de muy poco tiempo, es casi seguro que no se hallarán buenas posadas, á excepción de aquellos sitios donde los negocios ó el recreo detienen á los forasteros.

## XL.

## EL CORREO.

La manera de trasladar la correspondencia entre ciudades distantes podrá excitar la risa de la generación presente, y sin embargo hubiera causado admiración y envidia á las naciones cultas de la antigüedad ó á los contemporáneos de Raleigh y Cecil. Un rudo é imperfecto establecimiento de postas para el transporte de las cartas había sido fundado por Carlos I; pero durante la guerra civil había desaparecido. En tiempo de la República se estableció nuevamente, y cuando la Restauración, el producto líquido del correo, después de deducidos todos los gastos, quedaba á favor del Duque de York. En la mayor parte de las líneas de comunicación, el correo no salía mas que en días alternados. En Cornwall, en los pantanos del Condado de Lincoln y en las montañas y lagos de Cumberland no se recibían las cartas mas que una vez á la semana. Cuando el Rey viajaba, salía diariamente un correo de la capital al sitio donde estaba la corte. Había también comunicación diaria entre Londres y los Downs, y de igual privilegio disfrutaban algunas veces Tunbridge Wells y Bath en verano, cuando la gente acudía allí de todas partes. Los sacos de la correspondencia eran conducidos á caballo día y noche, con una velocidad de cinco millas por hora próximamente (1).

(1) Stat. 12. Car. II. c. 35. Chambelayne's, *State of England*, 1684. *Anglice Metropolis*, 1690. *London Gazette*, junio 22, 1685, y agosto 15, 1687.

Las rentas de este establecimiento no consistían sólo en lo que producía el transporte de las cartas. Las oficinas de correos sólo tenían el monopolio de los caballos de posta, y del esmero y cuidado con que atendían al servicio podemos inferir que éste era lucrativo (1). Si un viajero tenía que aguardar más de media hora por sus caballos, quedaba facultado á alquilarlos donde quisiese.

El hacer llegar la correspondencia de una parte á otra de Londres no fué, como se comprende, uno de los primeros objetos del correo. Pero en el reinado de Carlos II, un ciudadano de Londres muy emprendedor, llamado Guillermo Dockwray, estableció con grandes gastos un correo interior, que á razón de un penique por carta, hacía llegar la correspondencia seis ú ocho veces al día á las importantes y populosas calles inmediatas á la Bolsa, y cuatro veces al día á los arrabales. Este progreso encontró, como siempre acontece, ruda y obstinada oposición. Quejábanse los mozos de cordel de que sus intereses habían sido atacados por el nuevo establecimiento, y aun llegaron á arrancar los carteles en que se anunciaba al público. Había entonces llegado á su colmo la excitación causada por la muerte de Godfrey y por el descubrimiento de los papeles de Coleman; así que muy pronto corrió la voz de que el nuevo correo era una asechanza de los papistas. Afirmábase que el gran Doctor Oates había manifestado sus sospechas de que los jesuitas eran los autores de la nueva trama, y que si se registraban los sacos de la correspondencia se tendría la prueba evidente de su traición (2). La utilidad de la nueva empresa era tan obvia y clara, que á pesar de

(1) *London Gazette*, 14 de setiembre, 1685.

(2) *Smith's Current Intelligence*, marzo 30 y abril 3, 1680.

todo esto logró implantarse, y tan pronto como pudo verse que el negocio era lucrativo, el Duque de York se quejó de infracción de su monopolio, y llevada la cuestión ante los tribunales, éstos decidieron á su favor (1).

La renta procedente de las oficinas de correos había ido aumentando constantemente desde el principio. En el primer año de la Restauración, una comisión de la Cámara de los Comunes, después de minuciosa información, había estimado el producto neto del correo en unas veinte mil libras esterlinas, y al final del reinado de Carlos II ascendía casi á cincuenta mil, suma para entonces exorbitante. El producto, sin deducir los gastos, ascendía próximamente á setenta mil (2). Cada carta pagaba dos peniques á una distancia que no pasase de ochenta millas, y tres si la distancia era mayor. Esta cantidad aumentaba en proporción al peso del paquete. Actualmente por un penique se puede enviar una carta á lo último de Escocia ó Irlanda, y el monopolio de los caballos de posta no existe hace ya mucho tiempo. La suma, sin embargo, que anualmente se recauda en el departamento de Correos pasa de un millón ochocientas mil libras, que deducidos los gastos, es aún mayor de setecientas mil. No puede dudarse, por tanto, que el número de cartas que actualmente se envían por el correo es setenta veces mayor que en la época del advenimiento de Jacobo II.

(1) *Anglice Metropolis*, 1690.

(2) *Common's Journals*, setiembre 4, 1660; marzo 1, 1688-89; Chamberlayne, 1684; *Davenant en las Rentas públicas*, Discurso, IV.

## XLI.

## LOS PERIÓDICOS.

No existía entonces ni podía existir tampoco en la Gran Bretaña nada parecido á las publicaciones diarias de la época presente, pues no sólo faltaban por completo los capitales y la pericia necesarios á su creación y desarrollo, sino también la libertad, elemento este último tan indispensable como los otros al objeto de la prensa periódica. Ciertamente es que no había en aquel tiempo censura previa ni disposición alguna opresiva de la imprenta; que la ley promulgada con el nombre de *Licensing Act* al verificarse la Restauración cesó en sus efectos legalmente por los años de 1679, y que los ciudadanos podían publicar con absoluta libertad sermones, historias, novelas y poesías sin previo permiso de los agentes del Gobierno; pero no lo es menos que los magistrados entendían unánimemente que la libertad de cuyo beneficio gozaban los Ingleses en materia de prensa, no era extensiva en modo alguno á los periódicos, y que, con arreglo á las leyes de Inglaterra, nadie podía publicar noticias políticas sin autorización expresa de la Corona (1). Mientras fueron temibles los *whigs*, el Gobierno se prestó de buen grado á infringir esta regla, permitiendo gran número de periódicos, tales como el *Protestant Intelligence*, el *Current Intelligence*, el *True-News* y el *London Mercury*, que se dieran á luz duran-

(1) *London Gazette*, 5 y 17 de Mayo de 1689,

te la lucha empeñada con motivo del *bill* de exclusión (1); pero no sería ocioso añadir que ninguna de las publicaciones que anteceden parecía más de dos veces por semana, que constaban de una sola hoja, y aun así pequeña, y que la colección de doce meses de cada una contendría próximamente tanta lectura como dos números del *Times* en nuestros días. Mas no bien quedaron derrotados los *whigs*, imaginó S. M. llegado el caso de suprimir un privilegio que todos los tribunales y justicias de Inglaterra declaraban de consuno á merced de su voluntad; y poniendo en ejecución su pensamiento, ningún periódico pudo ya salir sin real permiso, y éste se contrajo al fin, única y exclusivamente, á la *Gaceta de Londres*, la cual se publicaba lunes y jueves, conteniendo decretos, memoriales ó felicitaciones de los *torjes*, nombramientos y ascensos en las escalas militares y administrativas, algún que otro despacho con noticias del Turco y de los imperiales que se batían orillas del Danubio, á las veces la filiación de un bandolero pregonado, y con frecuencia el anuncio de peleas de gallos concertadas entre personas de calidad, y de pérdidas y hallazgos de perros de buena casa, todo en dos páginas menos que medianas de texto. Por lo demás, cuanto la *Gaceta* ponía en noticia del público relativo á negocios de la mayor importancia lo expresaba en estilo lacónico, liso, llano, árido y oficial; y si bien á las veces, cuando parecía el Gobierno benévolamente predispuesto á satisfacer la curiosidad del pueblo en orden á determinados asuntos, ampliaba por medio de carteles las nuevas de la *Gaceta*, ni la *Gaceta* ni los carteles suplementarios contenían otros detalles sino

(1) Existe una curiosísima colección de estos periódicos, acaso única, en el *British Museum*.

aquellos que S. M. y los Ministros estimaban convenientes y calificaban de bastantes; quedando por tal manera las discusiones del Parlamento y los procesos políticos de más cuenta é interés envueltos en impenetrable misterio (1).

## XLII.

## CARTAS NOTICIERAS.

En la capital, reemplazaban hasta cierto punto la falta de periódicos los cafés, y á ellos acudían presurosos los londinenses, como en lo antiguo los ciudadanos de Atenas á la plaza pública para enterarse de las novedades. Allí se divulgaba, con el lujo de pormenores indispensable, que tal ó cual *whig* había sido víctima la víspera de malos tratamientos en Westminster-Hall; que los covenantarios padecían horribles suplicios en Escocia, según rezaban cartas recibidas del teatro de los sucesos; que cometían robos sin cuento los encargados del suministro de las flotas y arsenales, y que el Lord del Sello privado había hecho gravísimos cargos al Tesorero en el último Consejo respecto de la contribución de fogaje.

Pero si por tales medios podían los habitantes de la capital satisfacer su curiosidad, los que residían lejos del gran teatro de la controversia política sólo tenían un medio de venir en conocimiento de los sucesos, y

(1) Por ejemplo, en la *Gaceta* no se lee una sola palabra respecto de las importantes medidas parlamentarias de noviembre de 1685 ni del proceso y absolución de los siete Obispos.

era éste recibir correspondencias periódicas que los impusieran de todo. Entonces comenzó en Inglaterra el oficio de *corresponsal* noticiero, y llegó á ser en poco tiempo, como acontece ahora entre los indígenas de la India, profesión lucrativa de considerable número de personas. El noticiero recorría los cafés, penetraba en las audiencias de Old-Bailey, iba de una parte á otra con incansable actividad, preguntando, indagando, presintiendo, tomando de todo rápidos apuntes, aquí de un nombramiento probable, allá de una intriga, sorprendiendo en este corrillo una frase que le daba la clave de cábala misteriosa, recogiendo en aquél pormenores de un escándalo, recopilando en este otro la historia pública y secreta de un proceso, é introduciéndose mañosamente hasta en las galerías de Whitehall para ver al paso la cara de S. M. ó del Duque de York, y poder luego decir si gozaban de salud y buen humor á juzgar de su talante. Cuando había reunido el caudal de datos más ó menos auténticos que necesitaba, los ponía en orden y los amplificaba ó compendaba según las necesidades de la confección, los ponía en perspectiva, velando unos y arrojando luz sobre otros, hasta concluir su obra, que servía después para ilustrar semanalmente círculos de letrados lugareños, poblaciones rurales, ciudades populosas de provincia, y hasta grandes colectividades aristocráticas y eclesiásticas, que no tenían medios más ocasionados de saber y entender la historia de los sucesos contemporáneos. Bien puede suponerse que Cambridge contaba entonces por lo menos tantas personas que quisieran estar enteradas de cuanto acontecía en el reino como cualquiera otro centro de Inglaterra, y, sin embargo, durante la mayor parte del reinado de Carlos II los doctores en derecho y los maestros en artes de Cambridge no tuvieron más

noticias de la Metrópoli ni del mundo que las suministradas por la *Gaceta de Londres*, hasta que al fin recurrieron á remediar su silencio con las cartas de un noticiero londinense. Día memorable ciertamente fué aquel en que llegó al único café de Cambridge (1) la primera correspondencia de la corte; y si en tan renombrado centro universitario se aguardaban y leían con impaciencia estas epístolas noticieras, júzguese de cuánta no sería la de los nobles y ricos labradores residentes en el campo; como que ocho días después de recibidas, y cuando ya esperaban por momentos sus lectores la nueva carta, corrían de mano en mano por la vecindad, daban aún campo vastísimo á la conversación, asunto interminable á las pláticas del hogar en las veladas del invierno, y tema de sermones acerbos contra el whigismo y el catolicismo romano á los rectores. No sería empresa difícil á investigadores activos el descubrir gran cantidad de correspondencias como las descritas en los archivos de las antiguas familias del Reino Unido. En las bibliotecas públicas suelen hallarse algunas, y ya tendremos ocasión de citar en el curso de la presente historia la colección de estos papeles que, con ser preciosa, no es lo mejor del tesoro literario acumulado por sir James Mackintosh.

Inútil nos parece decir que no se conocían entonces los periódicos de provincias. Excepto Londres y las Universidades, apenas si había una imprenta en todo el Reino; como que York parece haber sido la única ciudad inglesa del Norte (2) que poseyera una prensa de imprimir.

(1) Roger North, *Vida del Dr. John North*. Respecto de las noticias, véase su *Examen*, 133.

(2) *Life of Thomas Gent*. En las *Anécdotas literarias del siglo XVIII* se inserta una lista completa de todas las imprentas

## XLIII.

## THE OBSERVATOR.

Mas no era solamente la *Gaceta de Londres* el medio que tenía el Gobierno de inculcar al pueblo su política, pues como este periódico no insertaba sino algunas noticias sin comentarios, otro que veía la luz pública bajo sus auspicios insertaba solamente artículos políticos, excluyendo las noticias. Titulábase *El Observador*, y lo dirigía un antiguo libelista tory llamado Roger LeStrange, quien si no carecía de facilidad y de ingenio para escribir, ni de intención y vigor, adolecía del defecto, entonces calificado de cualidad en las tabernas y saloncillos de teatro, de ser por extremo vulgar y grosero de lenguaje, síntomas que delataban sus instintos rudos y brutales. Sin embargo, cuando parecieron los primeros números de *El Observador* podía en cierto modo tener disculpa su acritud, en razón á que los *whigs* eran omnipotentes, y había de luchar con adversarios numerosos cuya violencia y poca escrupulosidad eran partes eficaces á justificar despiadadas represalias en el adversario. Pero en 1685 la oposición estaba vencida por completo y tan débil que un hombre generoso y de impulsos magnánimos se habría negado á insultar y escarnecer á enemigos indefensos, y eludido la deshonra de

existentes en 1724. En pocos años aumentó mucho el número de prensas de imprimir, y, sin embargo, había treinta y cuatro condados, uno de ellos el de Lancashire, en los cuales no existía una sola.

agravar la desgracia de muchos que gemían presos en las cárceles ó desterrados lejos de sus deudos, que también lloraban con las forzadas ausencias del padre ó del hermano su desdicha; mas para Lestrangle, ni el hogar triste ni el sepulcro solitario eran asilo inviolable á su saña y maledicencia. Bastará decir, en prueba de lo que antecede, que como hubiese muerto en la cárcel de Newgate, rodeado de privaciones y miseria, los últimos días de Carlos II, William Jenkyn, pastor disidente, anciano venerable y de gran reputación, que fué perseguido por adorar á Dios en la forma que lo hacía la generalidad de los protestantes, y no fuera posible reprimir la manifestación espontánea de la simpatía popular, pues acompañó su cadáver al cementerio una larga fila de ciento cincuenta carruajes, que los mismos cortesanos dieron muestras evidentes de tristeza, y que hasta el Rey, á pesar de su carácter frío y desdeñoso, pareció participar del dolor de todos, solamente Lestrangle fué osado á lanzar gritos de triunfo dignos de un salvaje, haciendo mofa de la compasión pueril de los *Equilibristas*, diciendo que había recibido el impenitente blasfemo é impostor condigno castigo, y declarando guerra sin cuartel á los falsos mártires, no sólo hasta la muerte, sino hasta después de la muerte (1). Así pensaba el periódico á la sazón órgano del partido *tory*, pero más principalmente del clero parroquial.

(1) *The Observer*, enero 29 y 31 de 1665; Calami, *Life of Baxter*; *Nonconformist Memorial*.

## XLIV.

## RAREZA DE LOS LIBROS EN PROVINCIAS.

En cambio, las contadas publicaciones literarias que podían llevarse por el correo constituían entonces la mayor parte del pasto intelectual de los jueces, letrados y sacerdotes residentes fuera de la metrópoli; pero las dificultades y los gastos de paquetes de cierto tamaño eran en aquel tiempo tan considerables, que las obras de cierta magnitud invertían más tiempo y costaban más de porte de Paternoster-Row al Devonshire ó al Lancashire, que hoy día para llegar á los confines del Estado de Kentucky. Por esta causa, si los llamados presbiterios rurales se hallaban menos que medianamente provistos de libros, aun de los indispensables al teólogo, las bibliotecas de la clase acomodada y rica no tenían mayor número de volúmenes, siendo muy pocos los representantes de condados en el Parlamento que poseyeran mejor librería que ahora un criado de buena casa ó un modesto tendero de la *City*; como que un noble pasaba por erudito entre sus vecinos con tal de que vieran en su cuarto, junto á las cañas de pescar y las escopetas, el *Hudibras*, la *Crónica* de Baker, los *Chistles* de Tarlton y los *Siete Campeones del Cristianismo*. Por lo demás, ni en Londres se conocían los gabinetes de lectura ni las bibliotecas de asociaciones literarias; razón por la cual aquellos estudiantes que carecían de los medios necesarios á proveerse de libros para el estudio, los solicitaban prestados en las tiendas

donde se vendían, consultándolos en ellas, viéndose por esta causa muy concurridas de lectores las inmediatas al cementerio de San Pablo, cuyos dueños, sobre ser ricos y generosos, extremaban su benevolencia prestando á los conocidos aquel ejemplar que pedían para llevarlo á su casa. Y como en el campo no tenían los aficionados este recurso y cada cual debía comprar el libro que deseaba leer, la carestía y la dificultad en proporcionarse las obras conspiraban en daño de la ilustración general del país (1).

## XLV.

## EDUCACIÓN DE LAS MUJERES.

¿Qué decir ahora del estado intelectual de las mujeres, siendo el de los hombres tan precario, sino que la biblioteca de las damas constaba solamente de un libro de rezo y otro de cocina? No estará demás añadir que con ser triste y solitaria la existencia de las señoras que residían en el campo y muy escasa y limitada su instrucción, nada perdían con vivir rústicamente, pues aun las mujeres nacidas en aquellas esferas ocasionadas al desarrollo de la inteligencia y que habitaban en la capital misma del reino, eran tan ignorantes que bien podemos calificarlas de haberlo sido más que cuantas fueron desde la época del

(1) Cottón parece indicar en su *Angler* que su biblioteca estaba colocada en el hueco de una ventana, y eso que era literato. Cuando Franklin fué á Londres no se conocían los gabinetes de lectura, y acudían los aficionados á las librerías del barrio de Little-Britain, como dice R. North en la *Vida* de su hermano Juan.

Renacimiento hasta entonces, y desde aquellos días hasta los nuestros. Porque si en épocas anteriores se dedicaron al estudio de los clásicos, y ahora, sin descuidar las lenguas muertas, procuran familiarizarse con la francesa, italiana y alemana, siendo el inglés que hablan y escriben las damas bien educadas el más puro y elegante que conozcamos, en la segunda mitad del siglo xvii se descuidó por completo la instrucción de la mujer, de tal manera que cuando una señorita poseía siquiera nociones superficiales de literatura, todos la calificaban de prodigio. Tanto fué así, que señoras de alcurnia muy elevada, de buena educación y de clarísimo ingenio no acertaban á escribir un renglón siquiera en su propio idioma sin cometer solecismos y faltas groseras de ortografía que ahora pondrían en vergüenza no ya á las damas sino á las discípulas de una escuela de beneficencia (1).

No es difícil hallar la explicación de lo que decimos; pues como á extravagante austeridad había sucedido naturalmente licencia extravagante, produjo ésta sus efectos propios, siendo uno de los primeros y más graves la degradación moral é intelectual del bello sexo, á quien se antojaba por tanto muy galán que los hombres celebrasen las prendas de su hermosura en términos impúdicos y groseros. Y así, en efecto, sucedía, pues raras veces al deseo y admiración que les

(1) Bastará un ejemplo. La reina María, cuya vocación y aptitud para el estudio eran grandes, y había tenido por maestro á un Obispo y gustaba con extremo de cultivar la historia y la poesía y gozaba fama de mujer superior entre los hombres eminentes, recibió el día de su coronación en Westminster una Biblia magnífica (que actualmente puede verse en la Biblioteca de La Haya), en cuya portada escribió de su mano la siguiente revesada frase: *This book was given the King and Y, at our coronation, Maria R.* ó lo que es lo mismo: *Este libro fué dado el rey y yo en nuestra coronación.*



inspiraban iban unidas muestras de respeto, de verdadero amor, ni de caballerosidad siquiera; que las cualidades propias de la esposa digna, honrada, honesta y buena consejera, y de la discreta y fiel amiga, eran repulsivas antes que simpáticas á los libertinos de Whitehall; como que las jóvenes aristocráticas de la Corte que sabían realzar sus encantos vistiéndose con descocada coquetería, y miraban con significativo atrevimiento, y danzaban con voluptuosidad, y decían palabras impropias de su estado, y se permitían bromas por extremo libres con los gentiles-hombres de S. M. y los oficiales de la Guardia Real en las antecámaras de Palacio, y cantaban versos equívocos con inequívoca expresión, y se disfrazaban de pajes en las máscaras para lucir mejor sus formas, estaban más ciertas de merecer acatamiento del Monarca y de hallar marido noble y hacendado, que hubieran podido estarlo Juana Grey ó Lucía Hutchínson. Muy bajo estaba, como queda expuesto, el nivel intelectual de las mujeres en aquellas circunstancias; pero tanto más agradables parecían á los hombres, cuanto eran más ignorantes y frívolas, pues celebraban y estimaban la ignorancia por mérito, y calificaban de pedantería intolerable la instrucción. Per tal modo, muy pocas mujeres célebres de aquel tiempo, cuyo retrato admiramos todavía en Hampton-Court, leían otra cosa que traducciones del *Gran Ciro* y de la *Clelia*, ó acrósticos y epigramas.

## XLVI.

## CONOCIMIENTOS LITERARIOS DE LOS HOMBRES.

Menos sólidos y profundos que lo fueron en tiempos anteriores y posteriores á la época de que tratamos, parece haber sido entonces los conocimientos literarios aun entre los claros varones de aquella generación; pues relativamente al grado de prosperidad que alcanzó en Inglaterra el estudio del griego antes de la guerra civil y mucho después de la Revolución, estuvo en relativa decadencia bajo Carlos II. Pero, si bien no faltaban eruditos familiarizados con la literatura helénica, fuerza era buscarlos y sólo se hallaban, con muy contadas excepciones, en el clero universitario; mas, sobre ser pocos en número, aun en las aulas, carecían de crédito y prestigio. Y como en Cambridge no se creía necesario que los teólogos pudiesen leer los Evangelios en el texto original, y Oxford estaba en este punto casi al nivel académico de Cambridge (1), aconteció, siendo rey de la Gran Bretaña Guillermo III, que al defender unánimes las aulas de *Christ-Church* la exactitud y autenticidad de las epístolas de Phalaris, con gozar á la sazón tan célebre colegio fama de ser asiento principal de la ciencia filosófica en el país, no pudo hacer alarde siquiera del caudal de conocimientos en lengua griega que

(1) R. North dice que su hermano Juan, que era profesor de griego en Cambridge, se quejaba con amargura de la indiferencia del clero hacia el estudio de esta lengua.

reunen al presente muchos discípulos de las universidades inglesas. Fácil es suponer que si se hallaban estos estudios tan postergados en las escuelas principales, no los cultivarían mucho tampoco las personas ilustradas, y que si en tiempos anteriores la poesía y la elocuencia griega hicieron las delicias de Falkland y de Raleigh, y en época posterior las de Fox, Windham, Pitt y Grenville, durante la última parte del siglo xvii apenas hubo en todo el país hombre de Estado de alguna importancia que pudiera esparcir su ánimo leyendo á Sófocles ó á Platón.

En cambio, como aun conservaba mucho crédito la lengua latina, y en gran parte de Europa viajeros y diplomáticos habían menester de ella imprescindiblemente, hablarla bien era entonces cosa más usual que ahora, y por tanto, ni Oxford ni Cambridge carecían de poetas capaces de hacer en ciertas solemnidades de la monarquía imitaciones felicísimas de los versos que Ovidio y Virgilio consagraron á enaltecer y celebrar la majestad de Augusto.

## XLVII.

INFLUENCIA DE LA LITERATURA INGLESA  
DE AQUEL TIEMPO.

Sin embargo, comenzaba ya por aquel tiempo á decaer la lengua del Lacio, con hallarse tan extendida y acreditada en Inglaterra, cediendo á la francesa, su joven rival; debido sin duda esto al formidable desarrollo que iban adquiriendo todos los ramos del saber y de los conocimientos humanos entre los súbditos de Luis XIV. En efecto, hallábase la Francia

entonces en el apogeo de la superioridad y la grandeza, siendo incomparable su gloria militar, pues había vencido temibles coaliciones, impuesto la paz, sometido ciudades populosas y provincias dilatadas, humillado á los Príncipes italianos y recabado de los españoles la precedencia. Pero si en este orden de cosas era su rango tan principal, en todo aquello que caía debajo de la jurisdicción de la elegancia y el buen gusto ejercía omnímodo imperio; como que sus decretos se acataban y cumplían sumisamente por todas las personas cultas y bien nacidas, lo propio en materias de duelo que de *menuet*, de corte de chalecos que de casacas, de tamaño, forma y rizado de pelucas que de altura de tacones ó de anchura de cintas y lazadas. Tampoco cedía la dictadura literaria ciertamente á la militar, política y modista en cuyo ejercicio se hallaban los Franceses, porque la fama de sus grandes poetas y prosistas llenaba la Europa. ¿Qué nación, si no, podía entonces oponer á Racine, Molière, la Fontaine ó Bossuet rivales dignos en sus géneros respectivos? Ninguna desde que se inició la decadencia de Italia y España, y desaparecieron sus ingenios tan famosos, sin que aun hubieran despuntado en Alemania verdaderos fulgores literarios. Y el brillo de la Francia era tanto mayor, cuanto que sus claros varones lucían en medio de la oscuridad relativa que los rodeaba, ejerciendo por todas estas causas imperio más absoluto sobre la especie humana que logró alcanzarlo en sus mejores días la República de Roma; pues si, mientras Roma predominaba políticamente, no pasaba de ser en literatura humildísima discípula de Atenas, la Francia reunía, respecto de las naciones vecinas, al ascendiente que Roma tuvo sobre la Grecia el que la Grecia tuvo sobre Roma. Y como la lengua francesa iba tornándose con rapidez en len-